

en un principio un carácter violento; los invasores obligaron á los antiguos habitantes á retirarse á las orillas del Mosa, en donde formaron, al amparo de la selva Charbonniere, aquella población valona que difiere de la flamenca por su carácter tanto como por su idioma. Los francos, por el contrario, establecidos en masa en la Bélgica occidental, manteníanse rebeldes á toda influencia cristiana. En la región renana, otros pueblos francos determinaron asimismo el éxodo de la población galorromana hacia las Ardenas y los Vosgos; el país tornóse salvaje y la mayor parte de los obispados desaparecieron, habiendo sido precisas en el siglo VI nuevas misiones para restaurar en aquellas regiones el cristianismo.

Todas estas revoluciones no hicieron más que fortalecer la influencia de la Iglesia sobre los antiguos habitantes: en medio de aquellos acontecimientos que destruyeron todo cuanto hasta entonces había parecido glorioso y deseable, los espíritus conturbados sentían una necesidad imperiosa de acogerse á algún principio que fuera superior á los incesantes golpes de la suerte. La Iglesia se aprovechó de aquella crisis moral y supo convencer á los hombres de que Dios les afligía para asegurar su salvación, con lo que ellos se acostumbraron á consolarse comparando sus sufrimientos con los de Cristo. Estos sentimientos, entonces muy comunes, hállanse expresados con mucho calor en un poema que un cristiano de aquel tiempo dedica á su esposa para inducirla á que se consagre con él á la vida religiosa. No hay en esa composición el menor lamento contra las desdichas que agobian á la sociedad: «huésped pasajero de la vida,» el autor celebra «á los que han sabido no hacerse esclavos de ella y se han sustraído á la falaz sabiduría del mundo;» fortalecido por los desastres contra los golpes de la suerte, no teme el destierro, «pues el mundo es para todos una misma vivienda» y su única esperanza está en Dios «que le ha hecho ciudadano de otra patria.» Otro defiende á la Providencia de las objeciones que podrían sacarse de los desastres del tiempo, y al que llora «sobre sus campos incultos, sobre sus granjas abandonadas y sobre los restos de su vivienda incendiada» le responde que más aún debiera llorar por el estado de su alma, mientras «el servidor de Cristo ninguno de estos bienes ha perdido porque los ha despreciado.» Paulino de Pella, medio arruinado, da gracias á Dios que al privarle de sus bienes terrenos le ha enseñado á buscar sólo los bienes eternos y le ha movido á llevar una vida análoga á la de los monjes. Y no son estos simples lugares comunes, sino que tales creencias sostuvieron entonces á muchas almas, si bien tuvieron por consecuencia hacerlas demasiado indiferentes á sus propias desgracias. Admiráranse muchos de que poblaciones densas, que no carecían de armas ni de recursos, se sometieran tan fácilmente á las hordas, generalmente poco numerosas, que ocupaban el país en virtud de un convenio en extremo ficticio con el emperador, y de que hubiera tan pocas resistencias; pero en vez de acusar de cobardía á los galorromanos, cuando ciertos hechos demuestran que eran capaces de valor, hay que buscar en parte la razón de su conducta en las enseñanzas de la Iglesia, ya que para muchos la resignación fué un acto de fe ferviente.

Ahora bien, la resignación religiosa tuvo como consecuencia la resignación política. En el siglo anterior,

los escritores cristianos son casi todos patriotas; en el siglo V cesan de asociar los destinos del cristianismo á los del Imperio. Estos sentimientos son visibles ya en el historiador Orosio, que escribía sus *Historias* hacia el año 417: sostiene éste que el establecimiento de los bárbaros es una felicidad, pues habiendo podido tratar á las provincias como país conquistado, se contentan con pedir residencias en ellas y se ofrecen á defenderlas; y si á veces encuentra hermosos acentos para hablar de los beneficios de la civilización romana, cuando mira al porvenir, vislumbra un mundo nuevo cuyo principio será el cristianismo y que no dependerá más del «inmóvil peñasco del Capitolio.» En Salviano, que, nacido en Tréveris, fué sacerdote en Marsella y escribió á mediados del siglo (439 y 451), habíase extinguido todo patriotismo romano; rudo y fogoso, no se amolda á las falaces ficciones cuya realidad tratan todavía de disfrazar sus contemporáneos: «El Imperio ha muerto ó agoniza;» los bárbaros han sido enviados por Dios y son los instrumentos de su venganza contra una sociedad corrompida y degradada. Esta acusación, á menudo injusta, le impulsa á establecer un paralelo entre los romanos y los bárbaros, cuyos vicios disculpa sin ocultarlos, y termina diciendo: «Los romanos desean no verse jamás obligados á volver á ser súbditos de Roma y ruegan al cielo que les permita vivir como viven entre los bárbaros.»

Sin embargo, los anatemas de este testigo parcial y arrebatado no pueden ser admitidos sin reservas. En efecto, en las filas de la aristocracia aún había hombres que si bien toleraban á los bárbaros sentían un afecto piadoso por Roma y sus instituciones. «Tú evitas el trato con los bárbaros porque son considerados como malos, escribía Sidonio Apolinario á un amigo; yo huiría de ellos aunque fueran buenos;» y realmente, si no podía huir de ellos, no se alegraba de su presencia. En cuanto á la plebe, no se hacía cargo de la revolución que ante sus ojos se realizaba.

Aecio había muerto; el asesino de Valentiniano III había acabado con la dinastía teodosiana; los vándalos habíanse apoderado de Roma, y los galorromanos veíanse más que nunca reducidos á sus propios recursos. En julio de 455, una gran asamblea de nobles galorromanos celebrada en Beaucaire, eligió emperador al arvernio Avito, antiguo prefecto de las Galias; Sidonio Apolinario, yerno de éste, traduce en los siguientes términos los sentimientos que á aquellas gentes animaban: «Hemos considerado, decían, como un deber sagrado asociarnos á las desgracias de un poder caduco y hemos soportado la sombra del Imperio, y ahora se presenta á la Galia ocasión de demostrar lo que vale.» De modo que la Galia quería cuidarse de su propia salvación, pero la buscaba en una inteligencia con los bárbaros. Avito era amigo de los visigodos y, por otra parte, gracias á su origen, gozaba de gran popularidad entre las antiguas poblaciones; á pesar de todo, fracasó y murió en 456. Un general romano, Egidio, intentó aún durante algunos años luchar contra la expansión bárbara y hasta llegó á derrotar á los visigodos cerca de Orleans; pero desapareció, á su vez, en 464, quizás asesinado ó envenenado (1).

(1) Tamassia, *Egidio e Siagrio*, «Rivista storica italiana», 1886, ha tratado de desenvolver la confusa historia de Egidio.

#### V.—Eurico y Gondebaudo

En aquel entonces, es decir, en la segunda mitad del siglo V se consolidan la dominación gótica y la burgundia: dos reyes, Eurico y Gondebaudo, activos é inteligentes, organizan verdaderos Estados, dictan leyes y administran.

De todos los reyes bárbaros de aquel tiempo ninguno iguala á Eurico, que fué el Clodoveo de los visigodos y que acaso les habría asegurado el imperio de la Galia si hubiese sabido atraerse á su causa á la Iglesia. Cuando fué elegido rey en 466, era joven todavía, valiente, activo, «terrible por su poder;» su dominación, al decir de un contemporáneo suyo, era de «hierro.» Hasta él, los visigodos habían aceptado la ficción por virtud de la cual eran federados al servicio de Roma; Eurico prescindió de ella, y rompiendo toda alianza con los romanos, quiso conquistar la Galia meridional y ser su señor independiente. Los escritores de aquel tiempo definieron en términos concretos su política.

Para alcanzar el fin que se propone, todos los medios le parecen buenos, lo mismo la traición que la violencia. Arvando, prefecto entonces de las Galias, traiciona al Imperio, entra en negociaciones con Eurico y le propone que se entienda con los burgundios para repartirse la Galia, y del mismo modo obra en Auvernia otro funcionario, Seronato, quien al propio tiempo exaspera al país con sus exacciones. Estas intrigas, sin embargo, fracasaron, pues ya hemos visto que muchos individuos de la aristocracia galorromana no se resignaban todavía á ser entregados á los galos sin reservas y sin compensación. Arvando fué arrestado, hubo de comparecer ante el Senado de Roma, en donde una diputación de nobles galorromanos sostuvo la acusación, y fué condenado á muerte, pena que se le conmutó por la de destierro (469). Muy poco después, Seronato fué juzgado y ejecutado.

Eurico, en el entretanto, comienza sus conquistas: en el Norte, derrota, cerca de Dreols, á los bretones acaudillados por Riothimo y les toma Bourges (entre 468 y 470), apoderándose luego del Berri, del Limousin y del Velay y atacando finalmente Auvernia. Por este lado la labor fué ruda, pues aquellas robustas y valientes poblaciones, abandonadas de Roma, aisladas, pero atrincheradas en sus montañas, defendieron encarnizadamente su independencia. Dos hombres dirigen la resistencia, Ecdicio, maestro de la milicia, hijo del emperador Avito, y el nuevo obispo de Clermont, Sidonio Apolinario, que pertenecía á una de las más nobles familias de la Galia. Rico y célebre por su talento literario, era de aquellos que estimaban que la aristocracia no debía vivir en sus dominios, indiferente á los públicos negocios, y predicaba con el ejemplo, pues había sido prefecto de Roma en 468. Vuelto á su condición de simple particular, fué elegido por el pueblo obispo de Clermont; no era un devoto ni un teólogo, y leyendo la mayoría de sus obras se le tomaría por pagano; pero gozaba de crédito, tenía actividad, estaba dotado de un alma generosa y benévola y todos conocían el amor que á su patria profesaba. En aquella época calamitosa, un obispo había de ser un administrador, un negociador y en caso necesario un general, tanto como un sacerdote.

Auvernia luchó, pues, desde 471 á 474 y Ecdicio hizo prodigios de valor, entre ellos el de atravesar un día con diez y ocho jinetes por entre millares de godos para entrar victorioso en Clermont; pero todo fué inútil. Uno de los últimos fantasmas de emperadores, Julio Nepos, en vez de socorrer á la heroica provincia, hizo de ella objeto de un vergonzoso trato; en efecto, en vista de que Eurico extendía sus devastaciones á todo el valle del Ródano, le entregaron la Auvernia (475) para obtener de él la paz. Sidonio protestó de ello: «Nuestra servidumbre ha sido el precio de la seguridad de otros... ¿Es este el premio que merecían el hambre, el incendio, el hierro, la peste, las espadas tintas en sangre de los enemigos y nuestros combatientes enflaquecidos por el ayuno?» Pero fué preciso ceder: Ecdicio se refugió entre los burgundios y el obispo permaneció en su puesto, habiendo sido luego enviado cautivo á Livia, cerca de Carcasona. Allí pasó dos años, después de los cuales pidió perdón y para obtenerlo celebró á Eurico en sus versos: patriota sincero, valiente cuando fué preciso serlo, apoderóse sin duda de él el desaliento y se resignó á la fuerza de los hechos.

Eurico no encontró ya resistencia formal y á fines de su reinado, que terminó en 485, era dueño de Arlés, de Marsella y de Provenza y su dominación se extendía por el Norte hasta el Loira. Todos los reyes bárbaros le reconocían en cierto modo como jefe y los emisarios de los mismos se encontraban en su corte, en donde Sidonio vió al sajón de ojos azules, al sicambrio, al hérulo de verdosas mejillas que habita en los apartados golfos del Océano, al burgundio de siete pies de estatura, al ostrogodo y al mismo romano «que viene á pedir al Garona que proteja al debilitado Tiber.»

Eurico, dice un cronista, fué quien primero dió leyes escritas á los visigodos, que antes sólo se regían por usos y costumbres. Las leyes de los visigodos, tales como hasta nosotros han llegado, son de redacción más reciente, pero algunas de sus disposiciones se remontan seguramente á Eurico. Esas leyes bárbaras están escritas desde su origen en latín, probablemente por galorromanos; éstos, sin embargo, conservan las suyas propias, y el sucesor de Eurico, Alarico II, hará redactar para su uso y á fin de facilitar la tarea de los magistrados, una compilación extractada de las leyes romanas, la *Lex romana Wisigothorum*, ó *Breviario*, de Alarico (1).

La monarquía gótica se ha engrandecido y ya no es electiva ni se divide entre varios jefes; el rey tiene todavía consejeros, pero ya no comparte con ellos su autoridad, sino que es soberano. Algunos textos mencionan aún, por vía de excepción, asambleas, pero éstas no tienen carácter de regularidad; tal es, por ejemplo, la de que habla Sidonio, á la cual asisten ancianos cargados de años, pero activos, de aspecto bárbaro y de estropeadas vestiduras. Las instituciones germánicas se debilitaban en el territorio aquitano y eran reemplazadas por una organización enteramente romana: al frente de las antiguas provincias pone el rey duques y á las órdenes de éstos los condes ejercen á la vez la admi-

(1) Respecto del carácter de esta compilación, véase Lecrivan, *Remarques sur l'interprétation de la Lex romana Wisigothorum*, «Annales du Midi», 1889.

nistración civil y la militar en las circunscripciones que conservan el nombre de ciudades; y en las poblaciones, las instituciones municipales no se han fortalecido, como algunos han creído, pero subsisten. Galo-romanos y godos viven casi en paz, pero los dos pueblos no se mezclan; la ley que en 365 había prohibido el matrimonio entre romanos y bárbaros reaparece en el *Breviario* de Alarico.

La religión sobre todo impidió que se juntaran, pues levantaba entre ambas razas una barrera. Hasta Eurico, los reyes godos dejaron a los antiguos habitantes la libertad de su culto, pero con él la situación cambió: arriano ardiente, quiso, como dice Sidonio, el éxito de sus creencias del mismo modo que el de su pueblo, y a este efecto dejó obispados vacantes y puso obstáculos al reclutamiento del clero. «En las diócesis y en las parroquias reina el más completo abandono; los techos de las iglesias se pudren y se derrumban, sus puertas son arrancadas y sus entradas hállanse obstruidas por la maleza. ¡Oh dolor! Los rebaños penetran en ellas y comen la hierba que crece junto a los altares. Y en las ciudades hasta las asambleas de fieles se van haciendo raras.» Se ha dicho que estas lamentaciones estaban dictadas por el odio; pero, aun suponiendo que Sidonio exagera, no es posible prescindir en absoluto de su testimonio. Eurico, por su parte, comprendía que la religión entraba en parte en las resistencias que encontraba, pero nada demuestra que fuera más allá de lo indicado y que procediera a ejecuciones. Después de la conquista de Auvèrnia parece haber cesado la persecución: el nuevo gobernador de aquella provincia, Victorio, se dedicó a construir y embellecer templos en Clermont; pero estos esfuerzos fueron inútiles, pues el clero católico no perdonó a los godos.

Desde la Edad media se ha dicho de ciertos edificios que eran de arte gótico, que habían sido por «una mano gótica» construídos, y esta expresión reaparece en el siglo XVII para oponer el arte medioeval al arte clásico y subsiste hasta en nuestros días para designar cuando menos un período de aquel arte. ¿Cabe admitir que sea hasta cierto punto justificada? Así se ha sostenido recientemente. Los godos, dicese, sirvieron de intermediarios entre el Oriente y el Occidente y aportaron a la Galia los elementos del arte cristiano bizantino, tal como entonces se constituía en Oriente, si bien imprimiéndole un sello personal; añádesse que la ornamentación de los sarcófagos esculpidos del Sudoeste y de las joyas descubiertas en las tumbas de esas regiones ostenta la huella de esta influencia que se propagó luego al Norte, entre los francos, y que se encuentra hasta en la arquitectura, habiéndose constituido de este modo en la Galia, mucho antes que el arte románico, un arte «pre-románico» de fisonomía a la vez bizantina y gótica. Pero esta teoría sólo se basa en hipótesis (1); ningún hecho concreto la confirma. Si más tarde se empleó la palabra gótico para designar un arte, fué porque había llegado a ser sinónimo de bárbaro. Es indudable que en los siglos V y siguientes hubo un arte bárbaro del que hablaremos en otro capítulo y que se manifestó

(1) Courajod, *Leçons professées à l'École du Louvre*, tomo I, 1899, y en sentido contrario Brutails, *L'archéologie du Moyen Age et ses méthodes*, 1900.

principalmente en ciertas industrias de lujo como la orfebrería; y que los godos contribuyeron a la formación de este arte, pero a esto se limitó su papel.

Los burgundios ocupaban desde el año 443 la Sabaudia y al frente de ellos se hallaba el rey Gundeuco cuando acaeció en 457 un suceso cuya historia es obscura. «Los galo-romanos de la Lyonense, de la Galia cabelluda y de la Cisalpina, dice un cronista, invitaron a los burgundios a establecerse en su país a fin de sustraerse a los impuestos públicos, y los burgundios se establecieron, en efecto, allí con sus mujeres y sus hijos (2).» Y añade otro «que se repartieron las tierras con los senadores de la Galia.» En aquella fecha acababa de sucumbir Avito, el elegido de la aristocracia galo-romana, y estaba, por ende, vacante el Imperio. Formóse entonces un partido cuyo centro era Lyon, que quería elevar al poder a un tal Marcelino y en el cual ingresó Sidonio Apolinario. Este partido necesitaba aliados, soldados, y los buscó en los burgundios; los grandes propietarios de una región de los valles del Saona y del Ródano se resignaron a obtener su concurso mediante cesiones de tierras, halagados por la esperanza de que la pérdida parcial de sus bienes quedaría compensada por la reforma de la administración y por la disminución de impuestos que agobiaban la Galia y que se agravaban con los abusos de los funcionarios. Pensaban, además, que una vez establecidos entre ellos, los burgundios les defenderían contra otros bárbaros. Para los «senadores» no se trataba, por consiguiente, de separarse del Imperio, sino de asegurar federados a un emperador por ellos elegido. En el entretanto, un nuevo emperador elegido en Italia, Mayoriano, pasó los Alpes y entró en Lyon; los burgundios evacuaron esta ciudad, pero se quedaron en la región vecina. Muerto Mayoriano, que deseaba tenerlos a su servicio, los burgundios se apoderaron nuevamente de Lyon, dando pruebas de una moderación que mereció el elogio de un obispo de aquella época, el cual vió en la conducta de aquellos «bárbaros romanizados» una prueba de la indulgencia divina: «los vencidos viven en paz al lado de los vencedores, sin menoscabo alguno de su libertad.» Progresivamente se extienden los burgundios hacia el Sur, bien que considerándose siempre como federados al servicio de Roma; así el papa, al escribir a su rey, le llama «nuestro hijo, el ilustre maestro de la milicia,» tratándole como a funcionario romano. Cuando Eurico ataca a Auvèrnia, los burgundios envían tropas para defenderla; Sidonio Apolinario les denomina los «patronos» de la Auvèrnia, si bien añade que son patronos inquietantes.

Los descubrimientos arqueológicos han añadido algunos datos a los testimonios de los escritores: los que han registrado sepulturas burgundias se han quedado sorprendidos del tamaño de los huesos, confirmándose de este modo lo que decía Sidonio Apolinario de aquellos gigantes de siete pies de estatura. Los lugares mismos en que esas necrópolis están situadas demuestran que los grupos bárbaros se establecían principalmente a lo largo de los valles y en las mesetas, en los sitios en

(2) Además de las obras antes citadas, véase Monod, *Sur un texte de la compilation dite de Frédégaire relatif à l'établissement des Burgundions dans l'empire romain*, «Bibliothèque de l'École des Hautes Etudes,» fascículo 35.

donde se desarrollaba la vida galo-romana, cerca de las antiguas vías (1).

El poder burgundio llegó a su apogeo en el último tercio del siglo V, durante el reinado de Gondebaudo (2); las fronteras del Estado se ensancharon y seguramente quedó limitado el reino burgundio: del lado de los francos por la meseta de Langres; del de los alamanes por el boquete de Belfort, el Aar y el Jura septentrional; del de los ostrogodos por los Alpes, al Oeste por una parte del curso inferior del Ródano, por el curso superior del Loira, por los montes de Morván y por la Cote d'Or; al Sur, el Durance lo separaba de la Provenza gótica, pero en diversas ocasiones los burgundios pasaron este río.

Gondebaudo era inteligente, hábil y de carácter conciliador; el más ilustre de los obispos de la Galia meridional de aquella época, Avito de Viena, ensalza su espíritu filosófico, su penetración, su elocuencia y su conocimiento de los autores profanos, elogios que no eran simple adulación, según lo demuestran otros testimonios. El propósito de Gondebaudo consistía en romanizar a los burgundios, acostumbrar a los galo-romanos a su presencia haciéndola menos pesada, y preparar la fusión de los dos pueblos. Los burgundios, en tiempo de paz, eran bondadosos y apacibles. En cuanto a la aristocracia galo-romana, Gondebaudo quería atraérsela manteniendo su influencia y asociándola al gobierno.

Esta política de conciliación se refleja en la compilación legislativa que Gondebaudo hizo redactar en latín y que generalmente se denomina la ley Gombetta, derivándose este nombre del del propio monarca. Posteriormente se agregaron a esta compilación nuevas constituciones.

La ley Gombetta no está exclusivamente destinada a los burgundios, sino que determina sus relaciones con los galo-romanos. Gondebaudo no quiere que haya diferencias mortificantes entre ambos pueblos: se castiga con pena de muerte al que mate a un hombre libre «de nuestro pueblo, sea cual fuere su origen;» iguales son para todos las penas cuando se trata de robo ó de otros delitos; y el rey se complace en repetir la frase que atestigüa esta situación: «Que el burgundio y el romano estén sometidos a las mismas reglas.» Si un viajero que tiene legalmente derecho a ser albergado llama a la puerta de un burgundio, y éste, para sustraerse a esa obligación, le indica la casa de un romano, el romano tiene derecho a una indemnización que le ha de abonar el burgundio. Además, la influencia del derecho romano es más sensible en la ley Gombetta que en las leyes bárbaras de fecha posterior.

La ley presenta a los burgundios apegados al suelo, cultivando las tierras que les han sido concedidas y que sus hijos se reparten después de su muerte; las usurpaciones de propiedades ajenas y los robos son severamente castigados, a veces con la muerte. La población se divide en las siguientes clases: los *optimates*, que son los grandes funcionarios y los grandes propietarios; los

(1) Véase especialmente Le Roux y Marteaux, *Sépultures burgondes*, «Revue Savoisiennne,» 1898.

(2) Hemos prescindido de la historia muy obscura de sus relaciones con sus hermanos, sobre todo con Chilperico, de quien fué asesinado, si hemos de dar crédito a ciertos testimonios.

hombres libres, gentes acomodadas y gentes modestas (*mediocrés, minores*); los libertos y finalmente los esclavos. Estas divisiones se aplican lo mismo a los galo-romanos que a los burgundios. Ya no vemos mencionado el derecho de venganza germánica en caso de asesinato; los atentados contra las personas y contra los bienes dan lugar a composiciones, es decir, a compensaciones pecuniarias que varían según la condición de la persona lesionada: en esto y en el combate judicial, en las pruebas del agua y del fuego, *ordalías*, destinadas a determinar la inocencia ó la culpabilidad, volvemos a encontrar las costumbres germánicas.

La familia está sólidamente constituída. El marido compra la mujer a sus padres, y el precio de esta compra es el *wittimon*; una vez realizado el matrimonio, el esposo debe a la esposa el presente matutino, *morgengabe*. El burgundio que seduce a una joven, cualquiera que sea el rango de ésta, debe al padre una fuerte compensación, y si no la paga, los padres tienen un derecho absoluto sobre él. La mujer que abandona a su marido es ahogada en el fango; el marido que abandona a su mujer ha de pagarle una suma igual al *wittimon* ó dejarla con sus hijas en posesión de su casa y de sus bienes. El divorcio sólo se admite cuando el marido puede probar que la mujer ha cometido adulterio, maleficio ó violación de sepultura. La ley Gombetta, más benigna con las hembras que otras leyes bárbaras, las admite a suceder a su padre a falta de hijos varones.

En la organización política son visibles las huellas de la influencia romana. La monarquía ya no es electiva, y el que se halla investido de la dignidad real, y que es rey para los burgundios, es a los ojos de los galo-romanos el delegado del emperador, de quien recibe el título de maestro de la milicia ó de patricio, y como los emperadores, a los que toma por modelo, tiene una corte y se halla rodeado de funcionarios, *domestici*, consejeros y condes. Estos últimos, burgundios ó galo-romanos, gobiernan en su nombre en las antiguas circunscripciones romanas y son a la vez administradores, caudillos militares y jueces; el rey los nombra y los destituye a su antojo y ante él pueden ser llevadas en apelación sus sentencias. Cuando el monarca dicta leyes, si consulta a los ilustres nada prueba que esté obligado a hacerlo ni a seguir su consejo; la asamblea de los hombres libres, tan poderosa en la antigua Germania, no desempeña ya, al parecer, ningún papel activo. Dueño de extensos dominios, de los antiguos bienes del fisco, de los cuales distribuye algunas porciones entre sus súbditos, el rey es rico y por ende fuerte, y garantiza el orden y la paz; entre aquellos guerreros, quien quiera que tire de la espada, aun cuando no hiera, incurre en una multa.

Gondebaudo había prometido una compilación legislativa destinada a los galo-romanos, quienes en sus relaciones entre sí conservaban el uso del derecho romano lo propio que sus instituciones municipales: esta compilación fué la *Ley romana de los burgundios*, cuyos autores se inspiraron en los códigos romanos anteriores, bien que esforzándose por establecer cierta concordancia con la ley Gombetta. Todo, pues, está calculado para no herir las susceptibilidades de los galo-romanos y para no revelar un cambio de régimen político: los documentos oficiales se redactan en latín y van fecha-